

Daremos el último consejo respecto á la visita del Santísimo Sacramento.

Tratad de procuraros un libro de oro que expresamente compuso San Alfonso Ligorio para este fin, y que se titula: *Visitas al Santísimo Sacramento*. Servíos de él; encontraréis cosas tan excelentes como admirables, y ganaréis mucho en la escuela de este gran Santo. Lo que dice viene bien á todo el mundo; á los ancianos, á los jóvenes, á los sabios, á los pobres, á todos.—*La Imitación de Jesucristo* puede servir también maravillosamente para la adoración.

Me diréis quizás: «Lo mejor sería para mí seguir esos consejos é ir y hacer mi visita; pero eso me es imposible, porque la iglesia está muy lejos y no soy dueño del tiempo, ó, por mejor decir, no puedo disponer de él.»—Sea enhorabuena; á lo imposible nadie está obligado. Pero lo que no es posible hacer diariamente, ¿no podríais hacerlo de cuando en cuando? Además, ¿quién os impedirá adorar al Santísimo Sacramento, aunque sea de lejos, sin salir de vuestra habitación? Elegid un momento en el día, volveos en dirección á la iglesia; y acordándoos de que Jesús lo ve todo, lo oye todo, y tiene cuenta de la buena voluntad, adoradle como si estuviera delante de vosotros, enviándole vuestro corazón con sus homenajes, sus oraciones, sus reparaciones y los buenos ardores de su amor. Esta adoración, aunque lejana santificará notablemente vuestro día, y la Eucaristía, como

un sol de amor, extenderá hasta vosotros sus divinos rayos.

Lo mismo diré con respecto á los buenos fieles que tienen la desgracia de vivir en países sin fe y sin religión, en donde, como medida de precaución y de prudencia, se ven obligados los pobres sacerdotes á tener cerradas sus iglesias fuera de las horas de los Oficios.

VIII

Que no basta adorar á nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, sino que además es preciso recibirle

Terminaré estas pocas páginas con una importantísima consideración que los preocupados jansenistas han obscurecido entre un número bastante grande de católicos. Rezan de buena gana; sin mucha dificultad van á Misa, á los Oficios; entran en la iglesia cuando la ocasión se presenta; pero con excepción de la Pascua y quizás de Navidad, ya no quieren hacer más.

Permítanme éstos decirles muy francamente que ese no es el espíritu de la Iglesia católica, y que sin quererlo resisten á la gracia de nuestro Señor, y contristan grandemente su amor.

En el Santísimo Sacramento, Jesucristo, verdadero Dios hecho Hombre, verdadero Hijo de Dios y de

María, es donde debe ser de todo punto adorado y glorificado; mas como su amor hacia nosotros es tan grande, quiere además que le recibamos; quiere entrar en nosotros por medio de la sagrada Comunión, quiere morar en nosotros y nosotros en Él. ¿cabe amor más grande? Nuestro cuerpo es suyo, como también nuestra alma bautizada: nuestro cuerpo está destinado á ser su templo, su santuario vivo; y esto no es posible sino por la Comunión.

La adoración no basta: es preciso además este ósculo de amor que nos une por completo á Jesucristo en cuerpo y alma, y por cuya razón se llama la *Comunión*, es decir la *unión con Jesús*.

La Comunión sirve para mantener en nosotros la gracia, esto es, la unión espiritual con Jesucristo comenzada en el Bautismo. Ella es nuestro «Pan de vida,» como la llama Jesucristo en el Evangelio; y si no comulgamos suficientemente, nuestra alma se secará, se debilitará, se echará á perder y acabará por morir, es decir por separarse de Dios; como un hombre que, descuidando el comer, acabaría por perder pronto sus fuerzas y morir.

Es, pues, necesario comulgar para vivir como verdadero cristiano, así como es necesario comer para vivir y estar bien.

La adoración y la oración no bastan, pues por más excelentes que sean, y, en cierto sentido, necesarias. Hay que adorar y comulgar á fin de que Dios viva en nosotros y nosotros seamos verdaderamente de Él.

¡Jesús mío y Dios mío! por vuestro amor y por el de las almas que os son tan queridas he escrito estas pocas líneas. Dignaos bendecirlas y fecundarlas; dignaos atraer los corazones hacia ellas para que os visiten en vuestro adorable Sacramento, y para que os reverencien y reciban muchas veces con humildad, con amor.

4 de Octubre de 1877. En la fiesta de San Francisco de Asís.

A. M. D. G.